

La página viva Borges y “Borges”

José de la Colina

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramitar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco

a poco voy cediéndolo todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas.

Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.

No sé cuál de los dos escribe esta página.

Jorge Luis Borges,
“Borges y yo”,
en *El hacedor*.

Por lo menos desde el tiempo de la fundación del romanticismo la literatura ha estado jugando la baraja del Jano bifronte, del Otro Yo, del Autrui, del Doppelgänger hoffmanniano, de aquel que es Uno y a la vez es Otro, del William Wilson que acosa a un protagonista de cuento poeniano, del stevensoniano doctor Jekyll/Mister Hyde que es dos muy diferentes hombres en uno, del Fantasma con nuestro rostro que adquiere vida propia y aterradora cuando en la alta noche, por distracción o por irrisión, hacemos una mueca ante el espejo del cuarto de baño.

“Yo soy el otro” había dicho Gérard de Nerval al pie de uno de sus retratos en daguerrotipo en los que ya se advertía la mirada del extraviado buscador de su inexis-

tente pero real Aurelia, quien a su vez era otra: Jenny Colon. “Yo es otro”, había dicho Arthur Rimbaud en una fórmula sintácticamente anormal pero perturbadoramente exacta, y pasó, ¿con sus mismos nombre y apellido?, de ser poeta astral en el prestigiado París cultural a ser el oscuro traficante de armas al servicio de los bárbaros jeques abisinios. “¿Quién es ése que está escribiendo por mí?”, se habrá preguntado Guy de Maupassant (¿al borde de la locura o en un relámpago de lucidez?) en aquella noche que al entrar en su cuarto vio a otro Guy atareado ante su escritorio. “¿Tú sabes quién es este Desconocido que no sólo desde el sueño sino a veces también en la vigilia habla desde mí... si es que yo soy yo?”, me pregunta por Internet el ensayista Andrés Marceño.

Asunto subterráneo, es decir profundo, del ejercicio de las letras: el escritor se desdobra en su lector, se lee desde su otredad, se vuelve *otro*.

El “Borges” del que trata Borges en esta suerte de poema en prosa no es precisamente un enemigo, sino su habitual pero no por eso menos inquietante Álter Ego que, según se halle en el anverso o el reverso del duple espejo, puede ser el personaje ilustre, el internacionalmente admirado Jorge Luis Borges, o puede ser (como diría Baudelaire) su hipócrita lector, su semejante, su hermano... y su rival.

Jorge Luis Borges, escritor de espejos y laberintos, escritor/lector, jugador de un juego metafísico como eutrapélico ejercicio intelectual y literario, tenía que interesarse en la *otredad* de los seres, del mundo y de la doble o múltiple identidad personal (y no se olvide que en principio *persona* significa máscara, es decir un artefacto para ser otro, para perderse o salvarse como otro del que somos o creemos ser). ■



Jorge Luis Borges en una caricatura de Tullio Pericoli